

TESTIMONIOS DE DOS POBLADORES INDÍGENAS DE FRONTERA

Guajira, tierra ardiente y sufrida, Patria del cardón y del viento. Tierra mágica donde los espíritus se comunican con los vivos a través de los sueños, y cuando la sed aprieta y hombres y ganados languidecen tras las huellas del agua, los antepasados muertos regresan a la tierra, transformados en Juya, lluvia, a dar vida a los hermanos y a continuar el ciclo de una existencia interminable. Allí, aferrados a la aridez de una tierra agria y doliente, sobrevive un pueblo altivo y trabajador, que nunca nadie pudo colonizar por completo.



Antonio Pérez-Esclarín

La Guajira es una unidad geofísica y cultural partida arbitrariamente por el artificio de una línea divisoria que históricamente ha demostrado una extraordinaria movilidad y que parte en dos a un pueblo que, antes que otra cosa, se considera con todo derecho, wayúu.

De allí, cargada de pasión, de dolor y con un dejo de cierto escepticismo y cansancio, nos llega la voz de Ángel Arévalo, el maestro Angel, como le gusta llamarse y que lo llamen:

-Yo nací y he vivido siempre en La Guajira, eso que ustedes llaman Zona Fronteriza, y que yo aprendí a querer como mi tierra, la de mi gente y la de mis antepasados. Los wayúu somos extraordinarios caminantes y, cuando nos desplazamos por ese laberinto de trochas y caminos polvorientos, con frecuencia no sabemos si estamos en Colombia o en Venezuela. Estamos en La Guajira, nuestra tierra. La línea fronteriza es algo totalmente artificial, una simple piedra abandonada y sola, una bandera con los mismos colores agitada y destrozada por el viento.

Los problemas de La Guajira son numerosos, pero son mucho más numerosas las promesas que nos han hecho. Si las palabras llenaran los espacios, no habría lugar para más nada en La Guajira. Llegan los tiempos de campaña electoral y empieza el alboroto. Nos convocan, nos ofrecen, aseguran todos que "ahora sí se va a hacer justicia con esta tierra irredenta", nosotros aplaudimos y, a pesar de la experiencia de tantos engaños, nos aferramos a la esperanza. Pero pasa el tiempo, y todo sigue igual o peor. Si algún gobierno inició una obra, el siguiente la abandona. Pareciera que todo el esfuerzo se fuera en borrar lo comenzado.

Los guajiros, realmente, no importamos a nadie. Con frecuencia, las autoridades nos desprecian, nos irrespetan, nos maltratan. Vivimos en nuestra propia tierra como extraños. Antes, el Ejército participaba con la comunidad, lo sentíamos cercano. Ahora, se encierra en sus cuarteles, sólo sale a hacer redada, vive ais-

lado y lejano de la comunidad, como si estuviera ocupando un país enemigo. Su presencia se limita a realizar algunas acciones cívicas para que la prensa las dé a conocer. Sacan muelas o reparten bolsas de comida ante los fotógrafos, y nuestra gente, a la que nunca le ha asustado el caminar, recorre kilómetros y kilómetros para recibir esa limosna que no resuelve nada.

En las alcabalas se nos irrespetan y ofende. Nuestras mujeres son requisadas y humilladas. Se ha vuelto una costumbre tener que pagar o dejar parte de la mercancía para pasar sin problema. En el mejor de los casos y dado por supuesto que todo lo llevas legalmente, te dicen que "les tires algo para los frescos", un algo que no puede ser inferior a los 500 bolívares. Todo esto ha sido denunciado infinidad de veces y lo conocen bien las autoridades, pero nadie se ha atrevido a enfrentarlo.

Vivimos solos, sin dolientes, sin nadie que nos defienda. La fiscalía funciona en Maracaibo, muy lejos de La Guajira, y si uno llega con un moretón en la cara, prueba del golpe recibido, resulta que no está el fiscal, o te dicen que vuelvas otro día, y así, entre ir y venir, además de todos los gastos que suponen los pasajes, se te va el moretón que era la prueba del abuso. Las propias organizaciones indigenistas que supuestamente deberían defendernos, están politizadas y son instancias burocráticas que se reproducen a sí mismas, buscando sus beneficios personales y los de los partidos políticos. ¡Cuántos supuestos líderes indígenas se han enriquecido a costa de nuestros problemas!

En cuanto a los servicios, todos son un desastre. Se habla, por ejemplo, mucho de la importancia de la educación, pero las escuelas de La Guajira están completamente desoladas, sin la menor dotación, sin un libro, sin pupitres, sin bandera, con maestros que nadie acompaña, forma y alienta.

Sería interminable presentar el largo rosario de nuestros problemas. No queremos limosnas ni conmisericordia. Pero,



*Nosotros somos barí y nos
conocen como motilones.
Somos hijos de la tierra.
Ella es nuestra madre.
Sin ella no somos nada.
La tierra nos da los alimentos,
en ella construimos nuestras casas.
La tierra es el alma de los que vivimos
en la Sierra de Perijá*

aprovechando la oportunidad que nos brinda la revista SIC, queremos expresar algunas peticiones:

- Pedimos ante todo y sobre todo, respeto. Que nos traten como iguales, como ciudadanos. Que no nos ofendan ni humillen, ni nos consideren seres inferiores, brutos, poco más que animales, delincuentes. Todas las autoridades y funcionarios que envíen a La Guajira deberían recibir unos cursos de Derechos Humanos y de respeto a las diversidades étnicas y culturales.
- Pedimos que cumplan lo que prometen, aunque prometan menos. Que se ejecuten las obras que se proyectan y se dé continuidad a las políticas sin importar los cambios de gobierno.
- Pedimos atención preventiva a los gravísimos problemas de salud y la presencia permanente en La Guajira de algunos médicos y enfermeras que puedan atender las emergencias. También pedimos la debida dotación de los dispensarios y un trato humano en los hospitales.
- Pedimos un verdadero esfuerzo por

mejorar la educación, dotar a las escuelas, formación de los maestros, atención y seguimiento.

CLAMOR BARÍ

“Ustedes son barí, sonreirán siempre”, así les dijo Sabaseba cuando formó las primeras parejas barí -hombre y mujer- con la pulpa dulce de la piña. Y les enseñó a vivir en comunidad, a ser hospitalarios, a desechar el chisme, el egoísmo, la flojera y la mentira. Los padres deben ser muy cariñosos y dulces con sus hijos y deben procurar que siempre estén felices.

Con verdadera fidelidad han tratado siempre los barí de cumplir los preceptos de Sabaseba. Ya en 1772 se expresaba así de ellos Don Sebastián Guillén, Tesorero Interino de Maracaibo y pacificador de la nación barí:

“Es uno de sus inviolables atributos la religiosidad de la verdad, pues abominan con tedio la mentira. Reputan por delito capital el hurto y francamente ofrecen al necesitado lo que pide. Mantienen entre ellos una recíproca sociabilidad y trabajan y cultivan sus haciendas en comunidad y cada uno toma de ellas lo que necesita para el diario sustento de la familia. Procuran estar siempre ocupados en el trabajo de sus tierras. No viven sujetos a superior que les domine y observan una unión fraternal y en todo actúan de unánime conformidad. Sólo beben agua y nunca toman bebidas que les embriaguen”.

Este pueblo extraordinario ha sido víctima de posiblemente el mayor geno-

cidio en la historia reciente de Venezuela, que estuvo a punto de exterminarlos. No está de más recordar que, el 13 de noviembre de 1926, un periódico de las petroleras que se editaba en Maracaibo, *The tropical sun*, editorializaba que “sería conveniente suprimir a los indios motilones, atacándolos con gases asfixiantes y granadas explosivas”. Ni podemos olvidar tampoco que, en Machiques, se llegó a poner precio a cada par de orejas de motilón, que para adelantar la política de exterminio se recurrió a métodos verdaderamente salvajes (alambradas electrificadas, sal mezclada con cianuro, incendios de bohíos...) y que, como anota el Padre Capuchino Félix María de Vegamián, “desde 1937, se les arrebató a los barí unos 3.000 kilómetros cuadrados de tierra, como para fundar 600 haciendas de 500 hectáreas cada una”.

Al encuentro convocado por SIC, llegaron desde Bogshí (Alto Río de Oro, frontera con Colombia), un grupo de pobladores barí. Nos entregaron por escrito el siguiente documento que leyó con emoción y con las típicas dificultades de tener que expresarse en una lengua extranjera, el representante comunitario César Akorai:

1. Legalización del territorio Barí

Continuamos reclamando, como lo hicieron nuestros antepasados, el título de propiedad colectiva del territorio barí, en la Sierra de Perijá.

2. Restablecimiento de Garantías Constitucionales

En las zonas fronterizas se han sus-

Pedimos ante todo y sobre todo, respeto. Que nos traten como iguales, como ciudadanos. Que no nos ofendan ni humillen, ni nos consideren seres inferiores, brutos, poco más que animales, delincuentes

Nuestra historia está plagada de despojos territoriales a sangre y fuego y hoy no nos quedan sino unas pocas hectáreas que apenas satisfacen nuestras necesidades de caza y pesca. ¿También nos las van a quitar?

pendido algunas garantías constitucionales (Art. 60: libertad y seguridad personal; art. 62, inviolabilidad del hogar; art. 64, derecho a libre tránsito por el territorio nacional; art. 71, derecho a reunirse públicamente...). Pero somos los indígenas y misioneros los que sufrimos las consecuencias de esta supresión. Los hacendados y petroleros andan libremente, no se les decomisa nunca nada a ellos, no se meten en sus hogares a la fuerza, como algunos funcionarios han hecho con nosotros, ni los detienen.

3. Explotación minera

Pedimos urgentemente que el Estado revoque las concesiones otorgadas a compañías nacionales e internacionales para la explotación del carbón y del petróleo en nuestro territorio. Pedimos que todos ustedes nos ayuden en esta resistencia.

4. Salud en la frontera

Pedimos al Estado que cumpla el art. 76 de la Constitución Nacional: "todos tienen derecho a la protección de la salud". Para ello, que doten de medicinas y material los ambulatorios de las comunidades indígenas de la Sierra de Perijá y presten todo el apoyo económico y moral a la Dra. Monzón, para que a través del programa yukpa y barí continúe velando por nuestra salud. Solicitamos una atención pronta y humana en los hospitales, ya que muchas veces nos hacen esperar mucho y luego no nos atienden.

5. La educación en la frontera

Para que se cumpla el art. 78 de la Constitución Nacional, "Todos tienen derecho a la educación", que se construyan escuelas y se las dote con todo lo necesario para desarrollar una educación adecuadas en las comunidades indígenas de la Sierra de Perijá.

6. Viviendas en las fronteras

Construir las viviendas en las comunidades indígenas de la Sierra de Perijá.

7. Pago de mejoras a los campesinos

¿Qué van a hacer con los campesinos ubicados en nuestro territorio que están dispuestos a salir y sólo esperan que se les paguen las bienhechurías, como se acordó? En muchas ocasiones se lo he-

mos planteado al Gobernador Arias Cárdenas y a las autoridades del IAN. Nos dicen que ya se va a ejecutar el desalojo, pero la plata nunca llega.

8. Vigilancia periódica

Le pedimos a las Fuerzas Armadas Nacionales que vigilen periódicamente las fronteras venezolanas, que no las dejen abandonadas por completo.

9. Transporte fluvial

Les pedimos a los organismos nacionales que colaboren con nuestro transporte fluvial, que nos doten oportunamente con motores fuera de borda, que nos dejen transitar libremente por el río, y no nos pongan tantos problemas con el combustible que necesitamos para subir a nuestra comunidad y para cumplir nuestros trabajos en Bogshí."

Terminada la reunión, estuve un buen rato conversando con el grupo de indígenas barí. Me asomaron confiadamente a su largo dolor de acosos e incomprendimientos, a la lucha que hoy siguen manteniendo en defensa de sus tierras con las compañías mineras y madereras que quieren arrebatárselas. Y me pareció que en lo profundo de su dolor y en la firme decisión de defenderlas hasta con su propia sangre, se erguía un grito ancestral y telúrico que atravesaba la historia y la vida misma:

"Nosotros somos barí y nos conocen como motilones. Somos hijos de la tierra. Ella es nuestra madre. Sin ella no somos nada. La tierra nos da los alimentos, en ella construimos nuestras casas. La tierra es el alma de los que vivimos en la Sierra de Perijá.

La tierra para nosotros no es sólo la superficie o la plataforma donde vivimos, sino que es nuestra vida, teniendo y dando eso, la vida. Sebaseba la preparó para que fuera una madre generosa de cuyo vientre salen los árboles, los ríos, los animales y aun los mismos barí. De allí que no es extraño que los barí nos consideremos como hijos de la tierra (provenimos de la entraña de la piña dulce que partió Sabaseba) y al morir nos envuelven en el chinchorro o nos devuelven a las entrañas de esa tierra

nuestra. Nuestra otra vida, nuestro cielo, es otra vida donde casamos, pescamos y comemos los productos de una tierra de abundancia y generosidad.

¿Cómo entonces no vamos a amarla, si allí nacimos desde los tiempos inmemoriales? ¿Cómo no vamos a responder a los que dicen que no sabemos trabajar la tierra, para que se la dejemos a ellos y se apoderan y cercan lo que ha sido de nosotros desde hace mucho tiempo?

¿Cómo no nos va a doler que se nos quiera cambiar nuestra fauna, flora, y ambiente por las minas de carbón y las torres del petróleo o de cualquier mineral, lo cual nos empobrecerá irremediablemente al quitarnos nuestras tierras? ¿Acaso no hemos visto lo que les sucedió a nuestros hermanos de Campo Rosario, a los que la explotación petrolera trajo penurias, miseria, pérdida de nuestros valores?

Estas preguntas nos las estamos haciendo los barí en todo momento y crean en nuestras comunidades la desesperanza y desilusión frente a los que nos dicen provienen de un mundo civilizado y apetecen nuestras tierras.

Nuestra historia está plagada de despojos territoriales a sangre y fuego y hoy no nos quedan sino unas pocas hectáreas que apenas satisfacen nuestras necesidades de caza y pesca. ¿También nos las van a quitar?

Se justifica que luchemos por nuestra tierra en una forma que no es fácil de entender para quien no la tiene ligada a su propia existencia; que tiene su tierra para mejorarla de precio y venderla o negociarla o explotarla hasta arruinarla y secarla. Nosotros somos nuestra tierra, de allí que difícilmente entendemos cuando se nos pretende quitar o disminuir". ■

Antonio Pérez-Esclarín es Director del Centro de Formación Padre Joaquín, de Fe Alegría, Maracaibo.